

*Puedes llamarte Loreto, Pilar, Marta, Vanesa, Inés o Eva.
Sea cual sea tu nombre, si hasta en los momentos más oscuros
te levantas cada mañana convencida de que rendirse no es una
opción, este libro es para ti.*

—¡*H*É dicho que me lo quites! —exigió Loreto llena de rabia.

—¡Y yo he dicho que no! —La voz ronca de Crack resonó contundente por todo el estudio.

Ella frunció los labios y lo miró con furia.

—Está bien —gruñó, al tiempo que se bajaba la manga del jersey y recogía su mochila para largarse—. Buscaré quien lo haga. Madrid está lleno de estudios de tatuajes.

—Sí, y en ninguno de ellos se atreverán a tocar algo mío —le advirtió él.

Loreto se detuvo en seco. Sintió tanta ira, que tuvo que aferrarse al asa de su mochila para no estallar. Crack tenía razón. Su técnica era inconfundible, y él uno de los más respetados. Nadie se atrevería a cubrir uno de sus tatuajes. Sin embargo, ser una de las maquilladoras más solicitadas de la industria del cine tenía que tener sus ventajas.

Con una sonrisa sardónica levantó la ceja izquierda y se giró hacia el hombre que había tatuado en su piel cuanto ella le había pedido desde que cumplió dieciocho años.

—Mañana me voy a Los Ángeles. ¿Allí te conoce alguien, Crack? —le preguntó desafiante.

Él la miró unos instantes con una mezcla de tristeza y rabia.

—En Los Ángeles solo unos pocos saben quién soy —contestó—. Allí conseguirás que te cubran el tatuaje, que te lo quiten o que te arranquen la piel a tiras. Podrás incluso pedir que te corten el brazo, pero no te servirá de nada. ¿Sabes por qué? Porque los recuerdos no se pueden borrar. Porque lo que te duele cada día no es ver el tatuaje, sino reconocer que sigues enamorada.

Se quedó sorprendido al oírse, no solo por el mensaje cruel que encerraban sus palabras, sino por la saña que empleó al pronunciarlas.

—¡Maldito seas! —murmuró Loreto con voz trémula y lágrimas de rabia a punto de escapar.

Abrió la puerta con violencia y abandonó el local con el firme propósito de no regresar nunca más.

· CAPÍTULO UNO ·

LORETO caminó con paso firme y gesto enfadado hacia la boca de metro de la calle Montero. Las lágrimas clamaban por salir, pero pudo contenerlas, como tantas otras veces, a base de ira. Estaba muy, muy cabreada. Con Crack, consigo misma, con el destino, con la mente malvada que concibió el final de *La La Land*... Y, por supuesto, con la marabunta que recorría junto a ella los pasillos subterráneos. Pero tuvo suerte. En el andén, una larga fila de vagones la esperaba con las puertas abiertas. Loreto se sorprendió. No era habitual que la vida le concediera esos pequeños detalles para levantarle el ánimo. Por eso apuró el paso cuando el silbido afilado que anunciaba el cierre de puertas llegó a sus oídos. A falta de tan solo un par de metros para alcanzar el tren, un estúpido adolescente le dio un empujón y la tiró al suelo.

—¡Eh! —protestó Loreto.

El joven entró *in extremis* en el vagón gracias a un salto de longitud digno de una medalla olímpica y al grito de:

—¡Perdón!

Loreto se puso en pie y fue tras él, pero llegó demasiado tarde y la puerta se cerró en sus narices.

—¡Gracias, capullo! —le increpó aporreando enfadada el cristal.

—Lo siento, señora —dijo él desde el otro lado, encogiendo los hombros en un gesto de disculpa que habría resultado creíble, de no haber sido porque lo remató enseñando el dedo corazón de ambas manos.

—¡Serás imbécil! ¡Y encima me llamas *señora*! —gritó, roja de ira.

Asqueada por la insolencia del muchacho y por el aliento

ferroso que dejó el tren al partir sobre su piel, decidió dar media vuelta y salir de nuevo a la calle. En su estado lo mejor sería ir andando hasta su casa, con cuidado de escoger caminos poco transitados. Un percance más con otro ser humano y era capaz de cometer un asesinato. O dos...

Enfilaba el último tramo de escaleras para salir de la boca de metro, cuando vio a dos monjitas en lo alto luchando con una enorme maleta que debía pesar más que el cadáver de Dwayne Johnson. Con suma dificultad y mucho peligro consiguieron bajarla al primer escalón.

—¡Esperen, yo las ayudo! —les ofreció Loreto desde abajo.

Al oírla, las monjitas se desconcentraron y la ley de la gravedad aplicó todos sus principios sobre la maleta, que cayó por las escaleras arrastrándolas a las dos. Aunque una de ellas acertó a agarrarse a la barandilla, la otra rodó y rodó hasta quedar tendida en el suelo boca abajo. Loreto se apresuró a ayudarla. Le dio la vuelta y la incorporó apoyándola en su brazo.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó.

—Ay... —balbuceó la monjita con los ojos cerrados.

—¡Hermana María! —exclamó su compañera, que bajaba las escaleras con premura.

—Ay... —volvió a lamentarse la hermana María.

Un círculo de curiosos se formó en torno a ellas.

—¡Que alguien llame al 112! —gritó Loreto a los mirones.

—¡Virgen de la Caridad! ¿Está inconsciente? —preguntó la monjita sana al ver que María no abría los ojos.

—No, creo que no, solo está aturdida. Hermana, despierte. ¡Despierte!... —repitió Loreto una y otra vez.

A base de cachetitos y algún que otro cachetazo, consiguieron que la hermana María abriera un poco los ojos.

—¡Un ángel! —exclamó con un hilo de voz al ver el delicado cutis de Loreto, sus bellos rasgos y la profundidad de sus ojos negros. Pero en cuanto enfocó la vista un poco más y descubrió el *piercing* que adornaba la aleta de su nariz, sus cejas intensamente perfiladas y el pintalabios negro sobre el que brillaba un aro, comenzó a gritar asustada—: ¡Ay! ¡Ay! ¡Que ya tengo aquí al ángel de la muerte! ¡Ay! ¡Ay!

—Será posible... —murmuró Loreto.

—¡María! —la regañó su compañera apurada.

—¡Dile que se vaya! ¡Dile que se vaya! —gritaba sin consuelo tratando de escapar de los brazos de Loreto—. Santa María madre de Dios ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte, amén. Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero...

Loreto no tuvo más remedio que dejar a la monjita en brazos de su compañera para que se tranquilizara. Aprovechó el momento para recoger la maleta asesina y se apartó a un lado hasta que llegaron los del SAMUR y dieron su diagnóstico. La hermana María no tenía más que contusiones por todo el cuerpo pero era necesario tenerla unas horas en observación, de modo que se las llevaban en ambulancia al hospital más cercano. Bajaron por las escaleras un híbrido entre camilla y silla de ruedas y la ayudaron a sentarse en ella.

—¡La maleta! —gritó de pronto la hermana María.

—Está aquí —dijo Loreto, manteniendo una distancia prudencial. Por si acaso.

La monjita sana se acercó a ella aliviada.

—Ay, hija, gracias —le dijo sonriendo—. Te prometo que esta misma noche le hablaré de ti al Señor.

—¿A qué señor? —preguntó Loreto contrariada, demasiado nerviosa para entender aquello.

—¡Al Señor! —exclamó la monjita mirando al cielo.

—¡Ah, el Señor! Bueno, se lo agradezco mucho pero no será necesario.

—¿Por qué no?

Loreto miró a la monjita sorprendida, tratando de averiguar si lo decía en serio o le estaba tomando el pelo.

—¿Tengo pinta de creer en Dios? —le dijo al fin.

—¡Eso no importa! —exclamó ella, dando un rápido repaso a su *look*, desde las poderosas botas con brillantes hebillas hasta el descaro con el que su jersey le dejaba un hombro desnudo—. Él ayuda siempre a los que tienen buen corazón, y el tuyo está lleno de bondad.

—¿Ah, sí? Pues entonces pídale que me compense por el día que llevo. Porque vaya tela —dijo Loreto con insolencia.

—¿Has tenido un mal día? —se interesó la monjita.

—Pésimo.

—Bueno, si no crees en Él no me extraña —le dijo con sorna, dándole un cariñoso codazo.

Loreto frunció el ceño. La monjita pisaba terreno pantanoso y debía avisarla antes de dar rienda suelta a su sarcasmo.

—Oiga, puede que mi corazón esté lleno de bondad, pero le advierto que está rodeado de kilos de mala leche. Cincuenta y seis para ser exactos, que me pesé esta mañana. Yo que usted no seguiría por ese camino —dijo muy seria.

—¿Por cuál? —preguntó la monjita sin comprender.

—Por el de intentar convencerme de que Dios existe, porque no lo va a conseguir.

La monjita la miró, incrédula, unos instantes.

—¿De verdad no crees en Dios? —preguntó al fin.

—No —negó Loreto con rotundidad.

—¿Por qué?

—Porque he tenido tantos encontronazos con la vida que no me quedan fuerzas para creer en nada que no sea en mí

misma, ¿vale? —contestó enfadada, alzando ligeramente la voz.

Lejos de mostrarse amedrentada o incómoda, la monjita formuló una pregunta tan obvia que resultaba sorprendente:

—Y creyendo solo en ti misma, ¿has conseguido ser feliz?

Aunque invocó toda la fuerza de su sarcasmo, Loreto no fue capaz de encontrar otra respuesta que no fuera la verdad:

—Sí, una vez —reconoció al fin con la voz llena de tristeza.

La monjita le cogió la mano con ternura y depositó en ella una estampita del Ángel de la Guarda.

—Volverás a serlo. Ya lo verás —le aseguró con una enorme sonrisa.

· CAPÍTULO DOS ·

UNA hora más tarde Loreto llegó a su casa. En cuanto cerró la puerta tiró la mochila al suelo y agachó la cabeza vencida. Aún tenía los nervios de punta por el incidente en el metro y el alma herida por las palabras de Crack. Sin embargo, si algo la atormentaba era reconocer que todo se lo tenía merecido. Todo. Si vas vestida y maquillada como la novia de Belcebú, te confunden con el ángel de la muerte; si acorralas a Crack, te suelta la verdad a la cara por dolorosa que sea; si bajas la guardia y te enamoras, te rompen el corazón.

Levantó la manga de su jersey y contempló el tatuaje: «Alek;».

Apretó el puño hasta clavarse las uñas en la palma de la mano. Quería lastimarse para no sentir ese otro dolor, el de los recuerdos que no se pueden borrar, como el sonido de su voz grabado a fuego en sus tímpanos una promesa que nunca cumplió:

—Volveré en cuanto pueda, te lo juro —susurró Alek en su oído.

—¿Cuánto tiempo será eso? —preguntó Loreto con los ojos cerrados para no llorar.

—Aunque fueran mil años no olvides nunca que te quiero.

—¡Mil años! Tendré que irme con otro —bromeó ella.

—No podrás. Nadie se atreverá a estar contigo mientras lleves mi nombre aquí —murmuró él, acariciando su antebrazo.

—Alek, perderás el avión —interrumpió Crack.

Un último beso, un último abrazo y se fue, dejando tras de sí un inquietante rastro de llamadas perdidas y mensajes sin contestar que Loreto nunca alcanzó a entender.

—¿Sabes algo de él? —le preguntó Crack al cabo de unos meses, cuando ambos empezaban a sospechar lo peor.

—No —murmuró Loreto sin levantar la vista, ahuecando la voz para no delatar ningún tipo de emoción.

Crack frunció el ceño extrañado. No era propio de ella esperar a que las cosas ocurrieran por sí solas.

—¿No vas a hacer nada para localizarlo? —preguntó.

Loreto le lanzó una violenta mirada de advertencia.

—No —contestó tajante.

—¿Por qué? —insistió él.

—Dijo que necesitaba tiempo para resolver sus movidas. Estará en ello.

—¿Y si tiene problemas?

—Que llame para pedir ayuda.

—Tal vez no pueda.

—[Tal vez no quiera volver, Crack! ¡Joder! —gritó Loreto con todas sus ganas, demostrando, al fin, lo que sentía.

Crack la miró preocupado. No había en su voz un ápice de furia o de rencor. Era algo mucho peor. Algo que no la dejaría vivir.

—La única manera de superar el miedo es enfrentarse a él, Loreto. Lo sabes mejor que nadie —le advirtió.

Jamás volvieron a hablar del tema hasta esa tarde, cuando Loreto apareció en el estudio de Crack sin avisar, hablando deprisa y exigiendo, como si tal cosa, que le cubriera el tatuaje.

—Ya sé que tienes la agenda a tope, Crack, pero quiero quitarme esto de una vez —anunció descubriendo su antebrazo—. Llevo días pensando qué hacerme y se me ocurre que quedaría bien una enredadera, como la que me hiciste en el tobillo, ¿no? Porque ponerme otro nombre es una estupidez. El único que me tatuaría es el de mi madre, pero llamándose Estefanía... No sé, es demasiado largo, ¿no crees, Crack? Dime. ¿Qué opinas? ¿Se te ocurre algo?

Crack la escuchó en completo silencio, como hacía siempre, pero esta vez fue un silencio de brazos cruzados y gesto severo que se prolongó más allá de lo que a Loreto le hubiera gustado.

—¿Por qué ahora? —preguntó al fin.

—Porque me he cansado de él —contestó ella con voz firme y pose segura.

No conforme con ese argumento, Crack la miró a los ojos. Buscó en ellos una respuesta que Loreto no quería que encontrara. Por eso le sostenía la mirada con el mentón en alto, desafiante. Fue inútil. Crack la conocía mejor que nadie, y le bastó un ligero temblor que hizo bailar el aro que adornaba su labio inferior para descubrirla. Ahí estaba la duda. Y la duda era la respuesta.

—¿Cuánto tiempo hace que se fue? ¿Dos años?

—¿Qué más da eso? —murmuró Loreto.

Crack se apartó el flequillo de la frente. Estaba nervioso. Sabía las consecuencias que tendría su negativa. Ella se enfadaría con él y cabía la posibilidad de que tardara mucho tiempo en volver a verla. Sin embargo, una vez más, estaba dispuesto a asumir cualquier riesgo para proteger a Loreto de lo que fuera. Especialmente para protegerla de sí misma.

—Lo siento, no voy a hacerlo —anunció.

Ella lo miró enfadada.

—Crack, te lo pido por favor. ¡Quítame este puto tatuaje! —suplicó lanzando un bufido de rabia al aire.

—No —se negó él.

—¡He dicho que me lo quites!

—¡Y yo he dicho que no!

Loreto sacudió la cabeza. No quería pensar más en aquella conversación, pero las palabras de Crack llegaban a su mente como ráfagas de metralla.

... no te servirá de nada...

... los recuerdos no se pueden borrar...

... lo que te duele cada día no es ver el tatuaje, sino reconocer que sigues enamorada...

Chasqueó la lengua con rabia. Crack tenía razón. Seguía enamorada, sí, y eso le revolvía las tripas cada día pero ¿qué otra cosa podía hacer además de rendirse?

—¡Maldito Alek! —gruñó por lo bajo.

¿También eso se lo iba a arrebatar? Ella no se había rendido nunca. Era un lujo que no se consentía desde que se quedó sin padre con tan solo seis años. No es que muriera, no, eso habría sido difícil de asimilar pero le habría ahorrado la decepción y la ira. Simplemente se marchó. Sin despedirse. Sin dar ningún tipo de explicación. Al verse sola con una madre pusilánime y enfermiza que lloraba cada noche hasta que los tranquilizantes hacían efecto, la pequeña Loreto tomó las riendas de la situación y estableció entre ellas un pacto no hablado. Tú eres la débil y yo la fuerte. Tú te encargas de llorar y yo me enfrento al mundo para que nadie vuelva a hacernos daño. Y así, a base de sacar fuerzas de flaqueza para ambas y adoptando un papel que no le correspondía, fue como Loreto forjó un carácter implacable y una personalidad aplastante, gracias a los cuales se había convertido en quien era. La gran Loreto Neri.

Adorada por diseñadores de moda de todo el mundo, había sido nominada a un Goya por uno de sus primeros trabajos en el cine, acababa de trabajar con Ridley Scott y al día siguiente volaría a Los Ángeles para entrevistarse con el maquillador más famoso de Hollywood, el oscarizado Christopher Nash. A sus treinta y dos años podría sentirse orgullosa de haber conseguido cuanto se había propuesto de niña, salvo lo más importante. Evitar que le rompieran el corazón.

Tirorirorirorirorirorí. Tirorirorirorirorirorí. El sonido del móvil la sobresaltó. Rebuscó en su mochila y miró la pantalla. Era Crack.

—¡Que te jodan! —exclamó cortando la llamada.

Se descalzó allí mismo, se desvistió furiosa, y caminó desnuda hacia el baño, no sin antes detenerse en el espejo de luna que decoraba su salón.

Tenía el pelo revuelto y había perdido uno de los *piercings* de su oreja, puede que como consecuencia del empujón que le dieron en el metro. Pero no era su aspecto lo que quería contemplar, sino algo que siempre le daba fuerzas para seguir adelante. Sus tatuajes.

Admiró orgullosa la enredadera de rosas que lucía en su tobillo, el dragón de su abdomen enroscado alrededor de una rosa azul, la calavera de su espalda y, el que más le gustaba, un brazalete por encima del codo del que colgaba una misteriosa pluma. Todos, incluidas las letras góticas que representaban aquel nombre maldito para ella, eran tatuajes fascinantes, únicos, hechos por el mejor. No en vano lo llamaban Crack.

Loreto recordó el día en que fue a visitar su estudio, tras leer en la revista *Ink & Skin* un reportaje en el que lo consideraban el mejor tatuador de España. A sabiendas de que no le harían nada hasta que cumpliera dieciocho años sin la compañía de un adulto, se limitó a examinar las fotos del escaparate y a confirmar que la revista estaba en lo cierto. Los dibujos de Crack eran diferentes a cuanto había visto. Eran elegantes, tan intensos que parecían estar vivos, y con una profundidad que los hacía casi mágicos.

Al día siguiente regresó, y al otro, y al otro... Hasta que una tarde Crack salió a su encuentro.

—Pasa —le propuso desde la puerta con una sonrisa fabulosa.

Loreto lo miró desconfiada.

—Me faltan tres meses para cumplir los dieciocho y aún no sé qué me quiero hacer —le aclaró muy seria.

—Por eso tienes que entrar, para que me cuentes qué te gusta y ver si puedo ayudarte.

A lo largo de aquellas primeras tardes que pasaron juntos, Crack parecía complacido al comprobar que Loreto no estaba allí con ánimo transgresor. Según le contó, estaba harto de patearles el culo a los adolescentes que acudían a su local con consentimientos falsos para tatuarse cualquier cosa con el único fin de llamar la atención.

—Tú, sin embargo, necesitas reivindicar quién eres desde tu piel. Darle voz a tu alma. ¿Me equivoco? —le preguntó a Loreto un buen día.

—Sí, supongo que sí —contestó ella tras meditar su respuesta.

—Pues entonces creo que mañana tendré listo lo que quieres —le aseguró Crack.

—Pero... ¿no va a decirme antes de qué se trata? —se extrañó ella.

—No. Será una sorpresa —anunció orgulloso.

Loreto lo miró preocupada.

—Si no me gusta no se ofenderá, ¿verdad? —murmuró.

—¿Por qué iba a ofenderme?

—Porque se lo diré y... No tengo mucho tacto —reconoció la joven en voz baja.

Crack soltó una risotada.

—Tranquila, creo que podré soportar tus desplantes. Solo dime una cosa: ¿por qué siempre vas vestida tan... siniestra? —le preguntó.

Loreto cogió su mochila y, ya con el pomo de la puerta en la mano, se giró hacia Crack.

—Porque me gusta. Y porque no tengo tiempo de que nin-

gún capullo sin escrúpulos, como mi padre, me toque las narices —contestó alzando una ceja en señal de advertencia.

Abrió la puerta y se marchó.

—Esa es la respuesta —murmuró él.

Al día siguiente, cuando Loreto vio el dibujo que Crack le había preparado, se quedó atónita.

—Es... Es... ¡Es este! —reconoció emocionada.

—¿Te gusta? —le preguntó él sonriendo.

Ella levantó la vista y clavó sus enormes ojos negros en el tatuador; después, volvió a admirar el dibujo. Unas líneas finísimas dibujaban una preciosa calavera con las cuencas oculares rotas por las que asomaban dos serpientes que mostraban sus lenguas con insolencia. A primera vista podía parecer un dibujo grotesco, pero el punto genial del tatuaje radicaba en la fragilidad de una rosa azul escondida dentro de la calavera, y que solo podía descubrirse mirando más allá de las serpientes. Durante un efímero instante, Loreto se sintió expuesta, como si acabaran de verla desnuda.

—¿Por qué una rosa azul? —preguntó para distraerse.

—Al parecer nadie ha conseguido cultivar rosas de ese color. Por eso simboliza el anhelo de algo y tú anhelas muchas cosas —le explicó Crack apartándose el flequillo de la frente.

—El anhelo —murmuró Loreto—. ¿Podría decirme cuánto me va a costar?

—Si dejas de hablarme de usted, te haré un descuento. ¿Cuántos años crees que tengo? —protestó burlón.

Loreto lo observó con atención. Si bien era obvio que Crack había dejado de ser un adolescente hacía años, sus camisetitas impolutas dejaban adivinar un cuerpo joven y muy cuidado, no tenía arrugas alrededor de los ojos y lucía una sedosa mata de pelo castaño cuyo flequillo apartaba hacia el lado izquierdo cuando se ponía nervioso. Sin embargo, acababa de

demostrar que era capaz de leer el alma de los demás con la experiencia propia de un sabio centenario, de modo que...

—No, no pienso contestar a eso. Le... Te recuerdo que el tacto no es lo mío.

—Tengo veintiséis años. ¡No soy tan viejo! —protestó él dándole un cariñoso empujón.

—Vale, eres un crío, pero ¿cuánto me va a costar? —insistió ella.

El semblante de Crack se tornó serio de pronto.

—Quería proponerte un negocio. Necesito a alguien que se encargue de mi agenda y que atienda en el mostrador por las tardes mientras estamos tatuando. Me gustaría que fueras tú —le ofreció.

Loreto lo miró pasmada.

—¿En serio? —preguntó.

—En serio —confirmó Crack.

—Creí que eso lo hacían sus ayudantes —dijo.

—Sí, pero lo hacen muy mal y no deja de ser tiempo que pierden de estar tatuando —le explicó—. Tendrías que atender el teléfono, gestionar las citas y cobrar a los clientes. No es un trabajo muy divertido, pero te dejará tiempo para ir a clase hasta que acabes el instituto y, después, para ir a esa escuela de maquillaje que me contaste. Además, también puedo enseñarte a tatuar. Si quieres.

—¡Claro que quiero! —exclamó Loreto con premura.

Crack sonrió.

—Me alegro. No puedes firmar un contrato hasta que seas mayor de edad, de modo que lo firmaremos cuando seas oficialmente ocho años más joven que yo. Y si superas el período de prueba, te haré el tatuaje a precio de empleado, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Ocho años. Contrato. Sí. Vale. Genial. ¿Pue-

do...? ¿Puedo empezar el mismo día de mi cumpleaños? —farfulló emocionada.

A Crack le enterneció la pregunta, pero se cuidó mucho de demostrarlo. Ahuecó la voz y le advirtió con rotundidad:

—Puedes empezar cuando quieras, pero te advierto una cosa: no te voy a tolerar tacos ni salidas de tono con los clientes, así que ve trabajando tu tacto.

Loreto torció el gesto contrariada.

—Eso me va a costar —se lamentó.

—Pero lo conseguirás. Prométemelo —le exigió Crack buscando su mirada.

—Se lo prometo —dijo mirándolo a los ojos.

—¡Que no me trates de usted!

—Perdone. Digo... Perdona. Estoy nerviosa.

—Anda, ¡vete a casa! —se despidió Crack sonriendo.

Habían pasado quince años desde entonces. Quince largos años en los que el alma atormentada de Loreto había sido para Crack como un libro abierto, y en los que él se había convertido en su gran apoyo.

—Bip bip. —El móvil volvió a sonar desde el siniestro montón de ropa que Loreto había dejado en la entrada de su apartamento.

Caminó hasta él, buscó el aparato y desbloqueó la pantalla. Era un WhatsApp de Crack.

Crack:

Ya que estás decidida, que te lo quiten aquí:

Skin Art

Loreto Street, 440

LA, California

Loreto:

¿Loreto Street? ¿Me estás vacilando?

Crack:

Sabes que no.

¿Cuánto tiempo vas a estar en Los Ángeles?

Loreto:

Un par de días.

Voy a ver si me fichan para una película.

Crack:

Seguro que lo consigues.

Loreto:

Crack, lo siento.

Crack:

Y yo. Cuídate.

Agotada por las emociones del día, Loreto caminó hasta su habitación. Abrió Spotify en su móvil y conectó el altavoz que tenía en su mesilla de noche. *Angel*, de Sarah McLachlan lo inundó todo. Pasó a la siguiente canción. No estaba preparada para oírla en ese momento. *All of me*, de John Legend comenzó a sonar. Pensó pasarla también, esa ya no le gustaba, pero la dejó sonando. Al fin y al cabo, con el ruido del agua ni siquiera la oiría.

Entró en el baño, abrió el grifo y se metió en la ducha. Dejó que el agua se deslizara por su cuerpo durante un buen rato. Después, empapó la esponja y frotó su piel a conciencia, tratando de hacer desaparecer el rastro perenne que las caricias de Alek habían dejado por todo su cuerpo. Porque ahí estaban. Tatuajes invisibles que ni siquiera el tiempo conseguía borrar.

Cerró los ojos.

Alek apareció en su mente con esa sonrisa desvergonzada por la que dejaba escapar el deseo que sentía por ella. Vio con total claridad su figura esbelta, la seguridad con la que echaba hacia atrás su pelo rebelde, siempre demasiado largo, en ese gesto suyo que resultaba casi insolente, y sus ojos... Bastó el recuerdo de la caricia azul de su mirada sobre su cuerpo desnudo para que su piel se estremeciera.

Pudo sentir ese calor febril que surgía en su vientre cuando se acercaba a ella y la envolvía en un abrazo que turbaba su mente y despertaba todos sus sentidos.

Pudo escuchar su voz con total claridad, desgarrada por el deseo. «No puedo dejar de pensar en ti, amor», le decía, «eres como una obsesión».

Pudo sentir sus palabras vibrando en el oído, sus labios sobre su cuello, el rastro cálido que le dejaban sus manos en la espalda, y el calor de su boca recorriendo cada rincón de su cuerpo, deteniéndose allí donde sabía que ella perdía la razón.

Pudo saborear sus labios tersos, ansiosos por encontrarse con los suyos, oler su pelo, tocar su piel... Su sexo palpitó al recordar la pasión con la que Alek la acariciaba cuando se apoderaba de su interior, obligado por un frenesí que le costaba controlar y que la hacía enloquecer. Sintió el delirio que le causaba oír su respiración agitada, su aliento sobre sus labios llamándola «amor» con esa devoción que solo interrumpía para mirarla a los ojos embelesado cuando sus cuerpos vibraban, se estremecían y temblaban al fin abandonados al éxtasis.

Pero todo era mentira. Una quimera despiadada en la que llevaba años encerrada y de la que tenía que escapar como fuera.

Cerró el grifo del agua. *It's time*, de Imagine Dragons, agitaba con fuerza el altavoz de su cuarto.

It's time to begin, isn't it?

(Es el momento de empezar, ¿no crees?)

I get a little bit bigger but then I'll admit

(Me vengo arriba pero entonces admitiré)

I'm just the same as I was

(que tan solo soy el mismo que era)

Now don't you understand

(¿Entiendes ahora)

That I'm never changing who I am?

(que nunca cambiaré quién soy?)

Llegó el momento de empezar de nuevo, Loreto. Una vez más. Vamos, estás acostumbrada.

Salió de la ducha, se envolvió en una toalla y, por primera vez en mucho tiempo, lloró.